

Heather Morris

El tatuador de Auschwitz

Traducción de Julio Sierra

 Planeta

CAPÍTULO 1

Abril de 1942

Lale atraviesa la campiña y a pesar del traqueteo mantiene la cabeza erguida. Se concentra en sí mismo. Tiene 24 años y no le ve ningún sentido a prestar atención al hombre a su lado, quien ocasionalmente dormita y apoya la cabeza sobre su hombro; Lale no lo aparta. Es solo uno entre un sinnúmero de jóvenes amontonados en vagones de transporte de ganado. Como no se le informó acerca de adónde se dirigían, Lale se vistió con su ropa habitual: un traje bien planchado, camisa blanca limpia y corbata. «Vístete siempre bien para impresionar bien».

Trata de calcular las dimensiones de su confinamiento. El vagón tiene unos dos metros y medio de ancho. Pero no puede ver el final para medir su longitud. Intenta contar el número de hombres en este viaje con él. Pero con tantas cabezas moviéndose, subiendo y bajando, al final se da por vencido. No sabe cuántos vagones hay. Le duelen la espalda y las piernas. Le pica la cara. La barba crecida le recuerda que no se baña ni se afeita desde que subió al tren hace dos días. Se siente cada vez menos como él mismo.

Cuando los hombres tratan de entablar conversación con él, responde con palabras de aliento, tratando de

convertir su miedo en esperanza. «Estamos parados en la mierda, pero no nos ahoguemos en ella». Se murmuran comentarios insultantes hacia él por su apariencia y sus modales. Se lo acusa de provenir de una clase alta.

–Y mira ahora dónde has terminado.

Trata de ignorar las palabras y recibe las miradas con sonrisas. «¿A quién estoy tratando de engañar? Estoy tan asustado como todos los demás».

Un joven mira a Lale a los ojos y se abre paso hacia él por entre el montón de cuerpos. Algunos hombres lo empujan mientras avanza. «Solo es tu propio espacio si lo haces tuyo».

–¿Cómo puedes estar tan tranquilo? –le dice el joven–. Ellos tenían rifles. Los bastardos nos apuntaron con rifles y nos obligaron a subir a este... este tren de ganado.

Lale le sonrío.

–No era lo que yo esperaba, tampoco.

–¿Adónde crees que vamos?

–No importa. Solo recuerda que estamos aquí para mantener seguras a nuestras familias en casa.

–Pero, ¿y si...?

–Nada de «y si». Yo no lo sé; tú no lo sabes; ninguno de nosotros lo sabe. Solo hagamos lo que nos dicen.

–¿Deberíamos intentar atacarlos cuando nos detengamos, ya que somos muchos más que ellos? –La cara pálida del joven está llena de confusa agresión. Sus puños apretados se mueven patéticamente delante de él.

–Nosotros tenemos puños; ellos tienen rifles... ¿quién crees que va a ganar esa pelea?

El joven vuelve a su silencio. Tiene el hombro apoyado en el pecho de Lale, quien puede oler en su pelo el sudor y el fijador de cabello. Deja caer las manos, que quedan colgando flácidas a los lados.

–Me llamo Aron –se presenta.

–Lale.

Otros alrededor de ellos escuchan esta conversación, levantan sus cabezas hacia los dos hombres antes de volver a sus ensoñaciones silenciosas, para hundirse profundamente en sus propios pensamientos. Lo que todos comparten es el miedo. Y la juventud. Y la religión. Lale trata de mantener su mente alejada de las teorías sobre lo que podría esperarles. Le han dicho que lo llevan a trabajar para los alemanes, y eso es lo que planea hacer. Piensa en su familia, allá en su casa. «A salvo». Él ha hecho el sacrificio, no lo lamenta. Lo haría una y otra vez con tal de mantener a su amada familia en casa, todos juntos.

Más o menos cada hora, según parece, la gente le hace preguntas similares. Cansado, Lale comienza a responder:

–Esperemos a ver.

Se siente perplejo por el hecho de que las preguntas se las dirijan a él, que no tiene ningún conocimiento especial. Sí, lleva traje y corbata, pero esa es la única diferencia visible entre él y los hombres a su lado. «Estamos todos en el mismo sucio bote».

En el atestado vagón no pueden sentarse, y mucho menos acostarse. Dos cubos cumplen funciones de inodoros. Cuando se llenan, estalla una pelea mientras los hombres tratan de alejarse del hedor. Los cubos son derribados y se derrama su contenido. Lale se aferra a su

maleta, con la esperanza de que con el dinero y la ropa que tiene podrá arreglárselas para salir de donde sea que se dirijan, o por lo menos para obtener un trabajo seguro. «Tal vez haya algún trabajo donde pueda usar los idiomas que hablo».

Se siente afortunado de haber encontrado el modo de llegar a un costado del vagón. Las pequeñas rendijas entre las tablas le permiten ver retazos de la campiña por la que pasan. Las robadas oleadas de aire fresco mantienen a raya la creciente marea de náuseas. Por más que sea primavera, los días están llenos de lluvia y pesadas nubes. De vez en cuando pasan por campos llenos de flores de primavera y Lale sonrío para sí. Flores. Aprendió desde muy joven, gracias a su madre, que a las mujeres les encantan las flores. ¿Cuándo sería la próxima vez que pudiera regalarle flores a una chica? Las observa, sus deslumbrantes colores brillan ante sus ojos, campos enteros de amapolas que bailan en la brisa, una masa escarlata. Jura que las siguientes flores que le regale a alguien las cortará él mismo. Nunca se le había ocurrido pensar que crecían silvestres en tanto número. Su madre tenía algunas en su jardín, pero nunca las recogía para llevarlas adentro. Comienza una lista en su cabeza de cosas para hacer «cuando llegue a casa...»

Comienza otra riña. Pelea. Gritos. Lale no puede ver lo que está ocurriendo, pero siente los movimientos y los empujones de los cuerpos. Luego se produce un silencio. Y de la penumbra salen las palabras:

–Lo mataste.

–Afortunado bastardo –murmura alguien.

«Pobre bastardo».

«Mi vida es demasiado buena como para acabar en este agujero hediondo».

* * *

Hay muchas paradas en el viaje; algunas duran unos minutos, otras, horas, siempre cerca de una ciudad o un pueblo. De vez en cuando Lale puede ver los nombres de las estaciones por las que pasan: Ostrava, una ciudad que él sabe que está cerca de la frontera de Checoslovaquia y Polonia; Pszczyna, confirma que están entonces efectivamente en Polonia. La pregunta desconocida: ¿dónde se van a detener? Lale pasa la mayor parte del tiempo del viaje perdido en pensamientos sobre su vida en Bratislava: su trabajo, su departamento, sus amigos... en particular sus amigas.

El tren se detiene de nuevo. Está totalmente oscuro; las nubes bloquean por completo la luna y las estrellas. ¿La oscuridad presagia su futuro? «Las cosas son lo que son. Lo que puedo ver, sentir, escuchar y oler ahora mismo». Solo ve hombres como él, jóvenes y en un viaje hacia lo desconocido. Escucha los ruidos de los estómagos vacíos y la aspereza de las gargantas secas. Siente el olor a meada y a mierda, y el olor de los cuerpos demasiado tiempo sin lavar. Los hombres aprovechan que nadie los lleva de un lado a otro para descansar sin necesidad de presionar y empujar por un pedazo de suelo. Más de una cabeza en ese momento descansa sobre Lale.

Desde unos cuantos vagones más atrás llegan fuertes ruidos que se van acercando poco a poco. Los hombres

allí se han hartado y van a intentar una fuga. Los ruidos de los hombres arrojándose contra los lados de madera del vagón y los golpes de lo que debe ser uno de los cubos de mierda estimulan a todos. En poco tiempo todos los vagones se rebelan, y atacan desde adentro.

–Ayúdanos o apártate de mi camino –le grita a Lale un hombre de gran tamaño mientras se lanza contra un costado.

–No desperdicies tu energía –le responde Lale–. Si estas paredes pudieran romperse, ¿no crees que una vaca ya lo habría hecho?

Varios hombres detienen sus esfuerzos, volviéndose enojados hacia él.

Procesan su comentario. El tren se sacude hacia adelante. Tal vez los que están a cargo han decidido que el movimiento detendrá los disturbios. Los vagones se estabilizan. Lale cierra los ojos.

* * *

Lale ha regresado a la casa de sus padres, en Krompachy, Eslovaquia, tras la noticia de que los judíos de las pequeñas ciudades estaban siendo detenidos y transportados para llevarlos a trabajar para los alemanes. Sabía que a los judíos ya no se les permitía trabajar y que sus empresas habían sido confiscadas. Durante casi cuatro semanas ayudó en tareas para la casa, arreglando cosas con su padre y su hermano, construyendo nuevas camas para sus sobrinos pequeños que ya no cabían en sus cunas. Su hermana era el único miembro de la familia que tenía un

ingreso, como costurera. Tenía que viajar ida y vuelta del trabajo en secreto, antes del amanecer y cuando ya había oscurecido. Su patrona estaba dispuesta a asumir el riesgo por su mejor empleada.

Una noche ella regresó a casa con un cartel que le habían pedido a su patrona que pusiera en la vidriera de la tienda. Se exigía que cada familia judía entregara un hijo de dieciocho años o más para trabajar para el gobierno alemán. Los susurros, los rumores sobre lo que había estado sucediendo en otras ciudades, finalmente llegaron a Krompachy. Parecía que el gobierno eslovaco estaba obedeciendo cada vez más a Hitler, concediéndole lo que quisiera. El cartel advertía, en letras destacadas, que si alguna familia tenía un hijo de esas características y no lo entregaba, toda la familia sería llevada a un campo de concentración. Max, el hermano mayor de Lale, inmediatamente dijo que iría, pero Lale no quiso saber nada. Max tenía esposa y dos hijos pequeños. Lo necesitaban en su casa.

Lale se dirigió al departamento del gobierno local de Krompachy y se ofreció para ser trasladado. Los funcionarios con los que trató habían sido sus amigos; habían ido a la escuela juntos y sus familias se conocían. A Lale le dijeron que fuera a Praga a informar a las autoridades competentes y que esperara nuevas instrucciones.

* * *

Después de dos días, el tren de ganado se detiene de nuevo. Esta vez hay una gran conmoción. Los perros ladran, se

gritan órdenes en alemán, se corren cerrojos, las puertas de los vagones se abren ruidosas.

—¡Bajen del tren, dejen sus posesiones! —gritan los soldados—. ¡Rápido, rápido, apresúrense! Dejen sus cosas en el suelo. —Como está en el fondo del vagón, Lale es uno de los últimos en bajar. Al acercarse a la puerta, ve el cuerpo del hombre muerto en la pelea. Cierra por un momento los ojos, y eleva una rápida oración. Luego abandona el vagón, pero lleva consigo el hedor que cubre su ropa, su piel, cada fibra de su ser. Cae al suelo con las rodillas dobladas, pone las manos sobre la grava y se queda agachado por unos momentos. Jadea, agotado, dolorosamente sediento. Se levanta lentamente, mira a su alrededor a los cientos de hombres que tratan de comprender la escena delante de ellos. Los perros les ladran y muerden a los que son lentos para moverse. Muchos trastabillan, los músculos de sus piernas se niegan a trabajar después de tantos días sin uso. Las maletas, los paquetes de libros, esas escasas posesiones les son arrebatadas a los que no quieren entregarlas o simplemente no entienden las órdenes. Luego son golpeados por un rifle o por un puño. Lale estudia a los hombres de uniforme negro y amenazante. Los rayos gemelos en el cuello de sus chaquetas le dicen a Lale con quiénes está tratando. Las SS. En otras circunstancias podría apreciar la confección, la finura de la tela, la precisión del corte.

Coloca su maleta en el suelo. «¿Cómo van a saber ellos que esta es mía?» Con un escalofrío, se da cuenta de que es poco probable que vuelva a ver la valija o su contenido. Apoya la mano sobre su corazón, sobre el dinero escondido en el bolsillo de su chaqueta. Mira al

cielo, respira el aire puro y fresco, y se recuerda a sí mismo que al menos está al aire libre.

Se oye un disparo y Lale da un salto. Ante él se alza un oficial de las SS, con el arma apuntando al cielo.

–¡Muévete! –Lale mira hacia atrás, al tren vacío. La ropa vuela y los libros se abren al caer. Llegan algunos camiones de los que salen muchachos pequeños. Toman las pertenencias abandonadas y las arrojan a los camiones. Un peso se asienta entre los omóplatos de Lale. «Lo siento, mamá, ellos se llevan tus libros».

Los hombres se dirigen pesadamente hacia los edificios de ladrillos color rosa sucio, con grandes ventanales. Los árboles flanquean la entrada, cubierta con los nuevos brotes de primavera. Cuando Lale atraviesa los portones de hierro, levanta la vista hacia las palabras en alemán forjadas en hierro.

ARBEIT MACHT FREI

«El trabajo os hará libres»

No sabe dónde está, ni qué trabajo se espera que haga, pero la idea de que lo hará libre tiene el sabor de una broma perversa.

SS, rifles, perros, el despojo de sus pertenencias... le había sido imposible imaginar tales cosas.

–¿Dónde estamos?

Lale se vuelve para ver a Aron a su lado.

–Al final de las vías del tren, yo diría.

El rostro de Aron se desmorona.

–Haz lo que te digan y estarás bien. –Lale sabe que no suena demasiado convincente. Le dirige a Aron una rápida sonrisa, que es correspondida. En silencio, Lale se dice a

sí mismo que debe seguir su propio consejo: «Haz lo que te digan. Y siempre observa».

Una vez dentro del complejo, los hombres son obligados a formar filas indias. Delante de la fila de Lale hay un recluso con el rostro abatido, sentado en una mesa pequeña. Lleva un saco y pantalones de rayas verticales azules y blancas, con un triángulo de color verde en el pecho. Detrás de él se encuentra un oficial SS, con el rifle listo para ser usado.

Las nubes se amontonan. Se oye un trueno a lo lejos. Los hombres esperan.

Un oficial superior, acompañado por una escolta de soldados, llega al frente del grupo. Tiene la mandíbula cuadrada, labios delgados y ojos cubiertos por frondosas cejas negras. Su uniforme es simple en comparación con los que lo rodean. No lleva los rayos gemelos. Su actitud demuestra claramente que él es el hombre a cargo de todo.

–Bienvenidos a Auschwitz.

Lale oye las palabras, que salen de una boca que apenas se mueve, sin poder creer en ellas. Después de haber sido forzado a abandonar su casa y transportado como un animal, en ese momento rodeado por SS fuertemente armados, le estaban dando la bienvenida... ¡la bienvenida!

–Soy el comandante Rudolf Hoess. Estoy a cargo aquí, en Auschwitz. Las puertas por las que ustedes acaban de pasar dicen: «El trabajo os hará libres». Esta es su primera lección, su única lección. Trabajo duro. Hagan lo que les digan y serán libres. Si desobedecen, habrá consecuencias. Serán procesados aquí, y luego serán llevados a su nuevo hogar: Auschwitz Dos-Birkenau.

El comandante observa sus rostros. Comienza a decir algo más, pero es interrumpido por el ruido de un gran trueno. Mira al cielo, murmura unas palabras entre dientes, mueve una mano con un gesto despectivo y se da vuelta para alejarse. La actuación ha terminado. Su escolta de seguridad se apresura a seguirlo. Una exhibición torpe, pero aun así, intimidante.

Comienza el trámite. Lale observa mientras los primeros prisioneros son empujados hacia adelante, hacia las mesas. Está demasiado lejos como para oír los breves intercambios de palabras, solo pueden ver que los hombres sentados y en pijama anotan los detalles y le entregan a cada preso un pequeño recibo. Finalmente es el turno de Lale. Tiene que dar su nombre, dirección, ocupación y los nombres de sus padres. El gastado prisionero junto a la mesa escribe las respuestas de Lale con prolijas y ordenadas letras de imprenta y le entrega un pedazo de papel con un número escrito. En ningún momento el hombre levanta la cabeza y se encuentra con los ojos de Lale.

Lale mira el número: 32407.

Avanza junto con el flujo de hombres hacia otro grupo de mesas, donde hay otros presos con trajes rayados que llevan el triángulo verde, y más SS custodiándolos. Su deseo de beber agua es acuciante. Sediento y agotado, se sorprende cuando el pedazo de papel le es sacado de la mano. Un oficial SS le quita el abrigo, arranca la manga de la camisa y empuja el antebrazo izquierdo sobre la mesa. Mira sin poder creer lo que ve mientras los números 32407 son inscriptos en su piel, uno después del otro, por el prisionero. El pedazo de madera con una aguja incrustada

se mueve rápida y dolorosamente. Luego, el hombre toma un trapo sumergido en tinta verde y lo frota bruscamente sobre la herida.

El tatuaje ha tardado solo unos segundos, pero el shock de Lale hace que el tiempo se detenga. Se agarra el brazo, con la mirada fija en el número. «¿Cómo puede alguien hacerle esto a otro ser humano?» Se pregunta si por el resto de su vida, sea corta o larga, él será definido por este momento, por este número irregular: 32407.

Un empujón con la culata de un rifle rompe el trance en el que está Lale. Recoge el abrigo del suelo y trastabilla hacia adelante, siguiendo a los hombres que lo preceden hacia un gran edificio de ladrillos con bancos para sentarse a lo largo de las paredes. Le recuerda el gimnasio en la escuela de Praga donde durmió cinco días antes de comenzar su viaje aquí.

–Desnudarse.

–Más rápido, más rápido.

Los SS gritan órdenes que la mayoría de los hombres no entienden. Lale traduce para los que están cerca, quienes a su vez lo van repitiendo para los demás.

–Dejen la ropa en el banco. Estará allí después de pasar por la ducha.

Pronto todos en el grupo se están quitando los pantalones, las camisas, las cazadoras y los zapatos, doblando su ropa mugrienta y colocándola ordenadamente sobre los bancos.

Lale se anima un poco ante la perspectiva del agua, pero sabe que probablemente no volverá a ver su ropa, ni el dinero dentro de ella.

Se quita sus ropas y las coloca en el banco, pero la indignación que siente amenaza con desbordar. Del bolsillo de su pantalón saca un delgado paquete de fósforos, recuerdo de pasados placeres, y echa una fugaz mirada al oficial más cercano. El hombre está mirando hacia otro lado. Lale raspa una cerilla. Este podría ser el último acto que realice por voluntad propia. Apoya el fósforo sobre el forro de su chaqueta, la cubre con los pantalones y se apresura a unirse a la línea de hombres en las duchas. Detrás de él, en cuestión de segundos, escucha gritos de:

—¡Fuego!

Lale mira hacia atrás. Ve hombres desnudos que empujan y se abren camino a la fuerza para escapar mientras un oficial de las SS intenta apagar las llamas dando golpes.

Todavía no ha llegado a las duchas pero está temblando «¿Qué he hecho?» Acaba de pasar varios días diciéndoles a todos a su alrededor que mantengan la cabeza baja, que no antagonicen con nadie, y en ese momento ha iniciado un incendio dentro de un edificio. Tiene pocas dudas en cuanto a qué le podría suceder si alguien lo señalara como el incendiario. «Estúpido. Estúpido.»

En el sector de las duchas, se tranquiliza, respira profundamente. Cientos de hombres temblorosos están hombro con hombro bajo los chorros de agua fría que caen sobre ellos. Inclinan la cabeza hacia atrás y beben con desesperación, a pesar de su olor rancio. Muchos tratan de disminuir su vergüenza y se cubren los genitales con las manos. Lale se lava el sudor, la suciedad y el hedor de su cuerpo y su cabello. El agua silba a través de las tuberías y golpea

el suelo. Cuando deja de caer, las puertas del vestuario vuelven a abrirse, y sin orden alguno regresan a lo que ha sustituido a sus ropas: viejos uniformes de preso y botas del ejército ruso.

—Antes de vestirse deben visitar al peluquero —les dice a los hombres un oficial de las SS con gesto de superioridad—. Afuera... rápido.

Una vez más, los hombres se ponen en filas. Avanzan hacia el prisionero que espera listo con una navaja en la mano. Cuando le toca el turno a Lale, se sienta en la silla con la espalda recta y la cabeza bien erguida. Observa a los oficiales SS que recorren la fila, golpeando a los prisioneros desnudos con los extremos de sus armas, insultándolos y lanzando crueles risotadas. Lale se endereza en su asiento, levanta más la cabeza a medida que esta va quedando rapada, y ni se mueve cuando la navaja le lastima el cuero cabelludo.

Un empujón en la espalda propinado por un oficial le indica que está listo. Sigue la fila que regresa al sector de las duchas, donde se suma a los que buscan ropa y zapatos de madera del tamaño adecuado. Lo que hay está sucio y con manchas, pero se las arregla para encontrar zapatos que más o menos le queden bien y espera que el uniforme ruso que tomó le sirva. Una vez vestido, sale del edificio, tal como le han ordenado.

Está oscureciendo. Camina en la lluvia, un hombre entre muchos otros, por lo que le parece bastante tiempo. El barro cada vez más espeso hace que le resulte difícil levantar los pies, pero sigue caminando con firmeza. A algunos de los hombres les cuesta más moverse o caen

sobre manos y rodillas y los golpean para que vuelvan a levantarse. Si no lo hacen, les disparan.

Lale trata de separar el uniforme pesado y empapado de su piel. Le raspa e irrita, y el olor de la lana mojada y la suciedad lo llevan de vuelta al tren de ganado. Lale mira al cielo tratando de tragar tanta lluvia como pueda. El sabor dulce es lo mejor que ha recibido en mucho tiempo, lo único que ha tenido en días. La sed agravada por su debilidad le borrona la visión. Traga el agua. Ahueca las manos y sorbe salvajemente. A la distancia ve reflectores que rodean un amplio espacio. En su estado de semidelirio le parece ver faros que centellean y bailan en la lluvia y le señalan el camino a casa. Lo llaman. «Ven a mí. Te daré refugio, calor y alimento. Sigue caminando». Pero cuando atraviesa los portones sin ningún mensaje, sin ofrecer trato alguno, sin ninguna promesa de libertad a cambio de trabajo, Lale se da cuenta de que el centelleante espejismo ha desaparecido. Está en otra prisión.

Más allá de este patio, perdiéndose en la oscuridad, siguen las instalaciones. La parte de arriba de las cercas está coronada con alambre de púas. Arriba en los puestos de vigilancia Lale ve rifles de las SS que apuntan en su dirección. Un rayo golpea una cerca cercana. «Están electrificadas». El trueno no es lo suficientemente fuerte como para ahogar el ruido de un disparo: otro hombre caído.

—Llegamos.

Lale se vuelve para ver a Aron abriéndose paso a empujones para acercársele. Empapado y embarrado, pero vivo.

–Sí, parece que estamos en casa. Lindo aspecto tienes.
–No te has visto a ti. Imagina que soy tu espejo.
–No, gracias.
–¿Qué pasa ahora? –quiere saber Aron. Suena como un niño.

* * *

Sigue el flujo constante de hombres y cada uno muestra su brazo tatuado a un oficial de las SS de pie fuera de un edificio, quien registra cada número en una planilla. Después de un fuerte empujón en la espalda, Lale y Aron se encuentran dentro del Bloque 7, un gran barracón con literas triples a lo largo de una pared. Docenas de hombres son obligados a entrar en el edificio. Se amontonan y empujan unos a otros para abrirse camino y reclamar un espacio para sí. Si tienen suerte o son suficientemente agresivos podrían llegar a compartir el lugar solo con uno o dos más. La suerte no está del lado de Lale. Él y Aron suben a una litera de nivel superior, ya ocupada por otros dos prisioneros. Después de no haber comido nada durante días, no les queda mucha fuerza para pelear. Lo mejor que puede, Lale se acurruca sobre la bolsa rellena de paja que pasa por colchón. Aprieta las manos contra su estómago en un intento de calmar los calambres que invaden sus tripas. Varios hombres les gritan a los guardias:

–Necesitamos comida.

Llega la respuesta:

–Se les dará algo mañana por la mañana.
–Todos estaremos muertos de hambre por la mañana
–replica alguien en la parte trasera del bloque.
–Y en paz –añade una voz hueca.
–Estos colchones están llenos de heno –sugiere alguien más–. Tal vez deberíamos seguir actuando como ganado y comernos eso.

Retazos de risa silenciosa. Ninguna respuesta del oficial.
Y luego, desde el fondo del dormitorio, se oye un vacilante:

–Muuuuuu.

Risas. Silenciosas, pero reales. El oficial, presente pero invisible, no interrumpe, hasta que finalmente los hombres se quedan dormidos, con sus estómagos haciendo ruido.

* * *

Todavía está oscuro cuando Lale se despierta, con necesidad de orinar. Pasa por encima de sus compañeros dormidos, baja al suelo, y camina tanteando hasta la parte posterior del bloque, pensando que podría ser el lugar más seguro para orinar. Al acercarse, escucha voces: eslovaco y alemán. Se siente aliviado al ver que allí hay instalaciones, aunque rústicas, para que puedan defecar. Zanjas largas se extienden detrás del edificio con tablas de madera colocadas sobre ellas. Tres prisioneros están sentados sobre la zanja, defecando y charlando tranquilamente entre ellos. En el otro extremo del edificio Lale ve a dos SS que se acercan en la semioscuridad, fumando, riendo, con los

rifles colgando sueltos en la espalda. Los parpadeantes reflectores perimetrales producen perturbadoras sombras de ellos y Lale no puede distinguir lo que están diciendo. Su vejiga está llena, pero vacila.

A la vez, los oficiales hacen girar sus cigarrillos en el aire, toman rápidamente los rifles y disparan. Los cuerpos de los tres que estaban defecando son arrojados de espaldas a la zanja. Lale contiene la respiración en su garganta. Apoya con fuerza la espalda contra el edificio mientras los oficiales pasan junto a él. Puede ver el perfil de uno de ellos: un jovencito, solo un maldito muchacho.

Cuando desaparecen en la oscuridad, Lale se hace un juramento. «Voy a vivir para dejar este lugar. Saldré para ser un hombre libre. Si hay un infierno, veré a estos asesinos ardiendo en él». Piensa en su familia, allá en Krompachy, y espera que su presencia en ese lugar sirva al menos para salvarlos de un destino similar.

Luego orina y vuelve a su litera.

–Los disparos –dice Aron–, ¿qué eran?

–No vi nada.

Aron balancea su pierna por sobre Lale en su camino hacia el suelo.

–¿Adónde vas?

–A mear.

Lale se inclina sobre un lado de la cama, agarra la mano de Aron.

–Espera.

–¿Por qué?

–Ya oíste los disparos –explica Lale–. Solo aguanta hasta mañana.

Aron no dice nada mientras regresa a la cama y se tumba, sus dos puños apretados contra la entrepierna atemorizado y desafiante.

* * *

Su padre había ido a recibir a un cliente en la estación del tren. El señor Sheinberg se preparó para subir elegantemente al carruaje mientras el padre de Lale ponía su equipaje de cuero fino en el asiento de adelante. ¿Desde dónde había viajado? ¿Praga? ¿Bratislava? ¿Viena quizás? Vestido con un costoso traje de lana y los zapatos recién lustrados, sonrió y habló brevemente al padre mientras subía adelante. Su padre hizo que el caballo se pusiera en marcha. Como la mayoría de los hombres que el padre de Lale llevaba de un lado a otro con su servicio de taxis, el señor Sheinberg regresaba a casa de un viaje de negocios importantes. Lale quería ser como él y no como su padre.

La esposa del señor Sheinberg no estaba con él ese día. A Lale le encantaba observar a la señora Sheinberg y a las otras mujeres que viajaban en los carruajes de su padre, sus pequeñas manos con guantes blancos, sus elegantes pendientes de perlas haciendo juego con los collares. Adoraba a las hermosas mujeres bien vestidas y con elegantes joyas que a veces acompañaban a los hombres importantes. La única ventaja de ayudar a su padre era la de abrir la puerta del carruaje para ellas, tomándoles la mano para ayudarlas a bajar, inhalando su perfume, soñando con las vidas que ellas llevaban.